

## TORMENTA EN GINEBRA

Fernando López

(Cuento)

*y a su muerte, como a la muerte de Rolando,  
puede decirse que hubo una gran quietud sobre la tierra*  
G.K. Chesterton

¿Tenía necesidad de fabular hasta lo improbable? Le bastaba decir que estuvo en el club o en el cine y al regresar se encontró con el cadáver, pero eligió confesar la profanación de la tumba de Borges. Se agota de tal modo contando la misma historia que termina durmiéndose en el piso de la celda, acurrucado como un feto y con un poema a flor de labios que se atribuye parcial y solidariamente: *No sé por qué en las noches me acompaña / este asesino que no he visto nunca ...* Para colmo su versión es tan distinta a la que puede dar un delincuente común, que me pudre la paciencia escucharla de nuevo. Una pregunta: ese Borges, el escritor, ¿estuvo en Córdoba alguna vez?

### Uno

La Virgen sacó de entre sus tetas un billete que dejó en las manos del Enano después de refregárselo en la nariz. Me tiré un jovato de oro, dijo y estalló en carcajadas. Si cada persona tiene una forma de vivir y una forma de morir, la de la Virgen es riendo. La asumió cuando le dijeron que su esposo iba a quedar inútil aunque podría vivir si lo cuidaba del frío y de los virus, pero más, por encima de todo, de su propia, desahuciada identidad. El Enano recibió el billete y antes de marcharse le ayudó a sentar al Lisiado en la silla de ruedas, apostada entre la bañera y el bidé. La crisis sacudió a la imprenta en la que trabajaba y diez de los cuarenta empleados terminaron con licencia anticipada. El último dinero se le esfumó mientras los muchachos lo llamaban desde la agencia porque no completaban el importe de la jugada si él desistía de participar. Cuando le prestó el dinero la Virgen propuso invertirlo en una sociedad, solo posible si se les daba la gracia de ganar la lotería con los números que apostaban sus compañeros de la imprenta. Por eso es injusto que me acusen de este crimen, murmura el Enano. Averigüe si en el cementerio de Plain Palais la tumba de Borges fue removida, si en un avión de Swissair encontraron una bolsa de nylon para traslado de cadáveres, si Umberto Eco recibió un anónimo en su domicilio de Monte Cerignone. El Lisiado y la Virgen no tienen

motivos para esconderse ni les queda dinero para mudarse a un lugar confortable, a menos que la salud de mi amigo haya sufrido el impacto de la lluvia y un nuevo fracaso lo esté empujando a dejarse morir. Debería buscarlos en algún hospital. Si a nombre de él o de Eufemia Lanky no aparece ningún enfermo, mande sus hombres a buscar a una mujer gorda, re-gorda, bajita, cercana a los cuarenta y muy pintoresca. Es posible que en su profunda necesidad de dinero abandone su colchón para andar por esquinas de parada habitual ofreciendo su abundancia. No salió de pobre porque el dinero que ganaba se le fue siempre en la remota esperanza de que su esposo recuperara el destino que merecía. Cuando el último médico movió definitivamente la cabeza, Eufemia salió dispuesta a no dejarse morir. Abandonó la carrera de Letras para tener su bautismo de fuego en un cabaret de bulevar Guzmán, donde mostraba las tetas por un sueldo miserable y la propina que le dejaban los clientes. Después se compró un colchón a resorte para iniciarse en el barrio porque no le convenía pagarle la mitad de su ganancia a una enfermera, agradeciendo con su propia carne la buena voluntad del verdulero, el gasista y el almacenero, que le prestaban sus mostradores para exhibirse. Le gustaba repetir que lo de Virgen sin Memoria le vino cuando empezó a decir que ya no recordaba en brazos de quién había perdido la decencia.

El lunes siguiente los compañeros del Enano andaban buscándolo. Cada uno era acreedor de once mil ochocientos ochenta y siete dólares al cambio de esa tarde. El Enano se enteró a la noche, cuando encontró en la pensión un papel que lo saludaba por lo afortunado que había sido. Piense lo que hubiera sido mi vida si la fortuna seguía de largo una vez más, reflexionó. No estaría preso en esta inmundicia celda, no habría confesado mi verdadero crimen. Cuando pienso que allá afuera anda un asesino que se apropió de mi suerte, no me queda otro remedio que seguir hablando.

## **Dos**

¿Por qué eligieron los restos de Borges? Era la mejor opción: el más ilustre de los muertos recientes, el menos resistido al cabo de los tiempos. Pensamos también en Rosas, en Gardel, en Irigoyen, dijo el Enano, en Perón, en todos los muertos que están en Argentina, pero también en el valor de sus restos en el mercado internacional. ¿Quién había logrado la mejor proyección? Borges ganó por unanimidad. Pero hubo también una cuestión afectiva. Una sola vez la Virgen accedió a contar una anécdota pequeña, que se guardó para sí durante mucho tiempo: se jactaba de haberlo conocido íntimamente. Cierta vez, a medianoche, salió a buscar por el barrio una botella de vino para matar el gusto amargo. Partió en camión con un gorro de lana tapándole las orejas, pero era tanto el frío que le apuró una incontinencia. Encontró el kiosco cerrado y estuvo a punto de volverse, pero decidió seguir hasta la rotisería de la avenida y después, con las rodillas juntas para evitar el derrame, pasó por una obra en construcción y orinó con la sensación desagradable de que era observada. Optó por acomodarse la ropa sin averiguar la calaña del sujeto cuya respiración había comenzado a agitarse, convencida de que si no era un borracho o un mendigo, lo menos que podía esperar era el ataque sexual de un depravado. Guardó el dinero del vuelto en el corpiño y tomó la botella con el puño del revés. Contó que al moverse en dirección a la calle las llaves chocaron contra el envase produciendo un sonido agudísimo. Fue entonces que escuchó un murmullo, o un suspiro y enseguida una voz temblorosa pero a la vez segura, es decir, con el dominio de quien sabe decir de una manera determinada para producir un efecto. Dijo que la voz parecía venir desde el fondo de una caverna mitológica y le produjo una cosquilla

que la movió a volver sobre sus pasos. Luego echó mano al encendedor para iluminar y se encontró con la figura de un anciano que tiritaba de frío. Dijo que no lo reconoció enseguida, que solo atinó a preguntarle si podía repetir lo que había dicho. *Sobre la gran campana de bronce / se ha posado una mariposa*, murmuró, renovando la curiosidad de la Virgen, esperanzada en que esa persona fuese realmente la que ella deseaba que fuera. Hizo tintinear una vez más las llaves contra la botella y el anciano sonrió.

Dijo la Virgen que le pidió que ubicara un taxi, aduciendo que había salido a caminar por la ciudad desconocida sin la compañía necesaria para compensar su natural sentido de la desorientación. La Virgen notó que caminaba con los ojos cerrados y le preguntó si era ciego. Borges abundó en detalles que en la memoria del Lisiado se conservan así: “Padezco ceguera o tiflosis, que es lo mismo, aunque tal vez sufro amaurosis, ambliopía o astenopía, según distantes interpretaciones. *Caeco* en latín equivale a *Typhlon* en griego. También en griego, *amauros* significa oscurecimiento. *Amblyos*, débil y *asthénéia*, debilidad. En inglés está la palabra *asthenic*, y en castellano *astenia*, pero a mí me gusta más la sajona *blind*, que sugiere encierro, y también dolor. Al parecer refieren lo mismo, pero estoy convencido de que cada idioma es una forma distinta de percibir la realidad”. Tenía las ropas mojadas y se dejó llevar con la promesa de la Virgen de que lo acompañaría al hotel cuando estuviera presentable: había caído en un charco, muy cerca de la construcción donde buscó refugio. Siguió diciendo, según la Virgen, mientras caminaban: “No sé si Dios, a quien no busco ya, o quién o qué, con su poder inmenso, se ha burlado de mí con impecable ironía. Me dio a la vez los libros y la noche, me hizo torpe y desdichado. Pero me ha consolado saber que todos llevamos una cruz. ¿Cómo se llama usted?” Eufemia, respondió, pero Borges entendió Eugenia, porque dijo: “Bello nombre. Es la alegoría que representa a la nobleza griega”.

La Virgen rebosaba una alegría imposible de medir con parámetros convencionales. En su casa le quitó los pantalones mojados y lo acostó sobre el desorden del último desfogue, después de probar las maneras más sutiles de la persuasión para vencer su resistencia. Lo arropó, calentó una pava y trajo del baño una estufa de cuarzo que usaba para calentar al Lisiado mientras atendía a los clientes. El anciano quiso saber dónde estaba y Eufemia dijo en calle Laprida, en mi casa, en mi cama. “Es curioso”, comentó Borges luego de un breve silencio. “Me he convencido de que no podré ya ser feliz. Entre las cosas que no debo intentar hay por lo menos tres: escribir una novela, una pieza de teatro y enamorarme. A los ochenta sería terrible si no me conformara con la serenidad, de la que estoy más cerca. ¿Está enamorada, Eugenia?” No esperó a que la Virgen le hablara de su esposo. “Mi amigo Bioy, dijo, me acusa de enamoradizo y muchas veces me propuso trabajos para hacerme olvidar mi mal de amores”. Hubo un instante de silencio que la Virgen aprovechó para servir el té y un vaso de vino para ella. Borges hablaba con los ojos cerrados, las manos cruzadas en actitud de rezo por encima de los flecos de la bufanda con los que hacía y deshacía figuras enigmáticas, poseídas por un leve temblor que era la suma del frío y de los tiempos. “Pero lo más curioso, dijo luego, es que me encuentro en una ciudad que no es París ni Londres ni Cartago, ni es la pampa, ni el suburbio de la patria mía que es la dulce Buenos Aires. Con algunos detalles se puede hacer un cuento, ¿verdad? Francisco Narciso de Laprida es tan autobiográfico que a veces tiemblo. En un poema que escribí cuando llegó el peronismo asumí el miedo, pero también el deseo de morir en mi patria: *Yo que anhelé ser otro, ser un hombre / de sentencias, de libros, de dictámenes, / a cielo abierto yaceré entre ciénagas; / pero me endiosa el pecho inexplicable / un júbilo secreto. Al fin me encuentro / con mi destino sudamericano. Yo no creo tener el coraje, querida Eugenia, que les pido y les doy a mis personajes*”.

La Virgen sintió deseos de besarlo, de comunicarle ese cariño de lectora a aquél que ha llegado, con la palabra, más allá de la razón compleja, pero al fin minúscula, de otro ser que lo comprende con el corazón. No pudo evitar contarle todo a su esposo. Lo sacó del baño para decirle emocionada que en su lecho, que en su humilde casita, descansaba el más grande escritor vivo de Argentina, de América y del mundo. Borges preguntó por él, por su nombre, pero únicamente le contó que era su esposo. Es lisiado, no habla, no se mueve. Yo me entiendo con él por telepatía, dijo la Virgen, le hablo y le pregunto, porque tiene una memoria extraordinaria. “En uno de mis cuentos hay un personaje de memoria fabulosa, Irineo Funes”, balbuceó el anciano. “Qué extraño que suceda esto, ¿no? *I'm looking for the face I had / before the world was made*. Ciego, inútil, estoy ante un hombre que me mira sin verme...” Eufemia se acercó y le ayudó a beber su té. Estaba tan destemplado como al llegar. Sintió lástima y se metió a la cama con él. Las rodillas heladas de Borges se le incrustaron en la grasa del abdomen, decidiéndola a emprender un masaje vigoroso en sus flaquísimas piernas. Así no vamos a ningún lado, Georgie. ¿Puedo llamarte Georgie?, preguntó la Virgen, para hundir después la cabeza bajo las sábanas tratando de vencer con sutileza la renovada rigidez del anciano. Cuenta que le escuchó pregonar sobre el origen latino de la palabra *fellatio* y un momento después, ya relajado, murmurar sonriente, mientras abría los ojos por primera vez y los revoleaba en círculos:

*y yo que me figuraba el Paraíso  
bajo la forma de una biblioteca ...*

## **Tres**

La idea fue del Lisiado. Una idea que también era un sueño, a la vez transformada en recuerdo, adaptado a las circunstancias por la Virgen. Vínculos que conservo de los años de fuego, cuando éramos delincuentes por decisión histórica, dijo el Enano, me permiten un acceso directo a ciertos reductos culturales, por llamarlos de algún modo, que cumplen la función cristiana de prestar identidad o pertenencia. No estoy tratando de sacarme el lazo o de arrojar sobre la Virgen una pista falsa. Yo no maté a la anciana y ella no sabe nada. Olvídense de nosotros y encare por el cauce vulgar de un latrocinio a la medida de la crisis que sufre la Argentina, única operación que a cortas o largas le dará algún beneficio. La idea fue del Lisiado pero el plan necromaniaco fue obra de la Virgen, con algunas sugerencias mías que lo acercaron a un acto de arrojito. Porque traer el cadáver de Borges era un acto de coraje que él imploraba a través de sus personajes, un acto que no fue capaz de consumir en vida y nos demandó a nosotros, argentinos, apelando a un sentimiento que había sabido inducir en la letra diminuta que tejía sus intrigas. La noche del festejo por haber ganado la lotería, la Virgen escribió en un papel con fibra negra *ESTA VAGINA SE TOMA VACACIONES* y lo clavó en la puerta de calle. La fiesta tuvo buen vino, carne de primera y postre helado. El fin de fiesta fue la breve charla en la que Eufemia decidió contarle al Enano el sueño que pensaba realizar con su dinero. Desplegó un recorte de diario en una esquina de la mesa, lo planchó varias veces con la mano y se lo dio. Mientras leía la difícil maraña de letras que subían y bajaban de renglón como a través de una bruma, la Virgen le dijo que estaba juntando coraje para llevar al Lisiado a California. Hay un fulano que injerta células en cerebros dañados y cura enfermedades del sistema nervioso. Alcanzó a leer de unas células, modificadas genéticamente, que segregan un compuesto químico denominado factor de crecimiento neuronal (NGF), una proteína sintetizada por los núcleos nerviosos.

Cada núcleo tiene prolongaciones (axones) que lo unen con otros, pero el crecimiento de estos axones depende de que este núcleo produzca NGF. Verla entusiasmada por un proyecto de vida lo sacudió de tal modo, que tomó la decisión de ayudarla primero y acompañarla después, en un periplo que no iba a terminar en California. El primer problema serio se planteó para sacar al Lisiado del barrio, pasearlo por la ciudad a la vista del mundo, obtener documentos y salir del país sin excitar la paranoia de los servicios de inteligencia. La Virgen sonrió victoriosa cuando llegó el momento de estampar su nombre. ¿Qué te parece? dijo. ¿No te has dado cuenta? Tenemos su memoria fabulosa, su impronta inefable, su destino. Lo llamaremos igual que al memorioso de Borges, Irineo Funes, y haremos justicia de ida y vuelta: será la primera vez, yo creo, que la vida le rinde un homenaje a la literatura.

Para estrenar su identidad lo llevaron a sacar los boletos y de paso, como un anticipo de la historia clínica que quizá les pidieran para injertar a Irineo, al Hospital Italiano, a pedir un estudio del estado actual de su cerebro y un diagnóstico sobre la posibilidad de su recuperación. El médico que le había salvado la vida doce años antes, cuando fue baleado, se sorprendió de verlo vivo y felicitó a Eufemia por su trabajo afectivo, pero no pudo evitar desilusionarla con la crueldad que tiene la ciencia puesta a la vista. El médico se avocó a los estudios que le pedía la Virgen, recomendándole viajar a Buenos Aires a consultar a un profesor que se había especializado en la Universidad de California. No le daba sin embargo demasiadas esperanzas, aduciendo que no iban a violar la ley de los EE.UU. para darle con el gusto a ella. Un par de horas después cargaban un bolso en un taxi y partían en avión a la capital. En Buenos Aires la decepción fue más rápida. Allá le explicaron que la experiencia iniciada por los premios Nobel, Rita Levi Montalcini y Stanley Cohen, estaba dirigida a enfermedades degenerativas del sistema nervioso, como el mal de Alzheimer y el mal de Parkinson, pero no estaban seguros de que pudiera aplicarse a una destrucción generalizada.

El día que la Virgen maquinó el periplo a Suiza le pidió consejo a Irineo sobre qué hacer para obtener el dinero que necesitaban. Estuve hablando con él, dijo y se acordó de un plan para secuestrar a Borges en los '70, cuando se hablaba de su Nobel con insistencia. Aún no había sido condecorado por Pinochet. Iban a pedir diez millones de dólares, imponiendo que el rescate fuera soportado por todos aquellos que lo admiraban, en los cinco continentes. Calculaban que a un dólar por cabeza la cosa iba a ser fácil, empezando por los escritores de todo el mundo que declamaban el peso de su influencia. La idea se descartó por lo difícil que iba a ser la unificación de la cobranza. Eufemia pensó que después de muerto el trámite era más simple, que se lograría un efecto multiplicado hasta el infinito: obtendrían el dinero para el tratamiento de Irineo; se saldaría una parte de la deuda del mundo con Argentina y se haría realidad un sueño inconcluso: Jorge Luis Borges se encontraría con su destino sudamericano. “En todos mis cuentos, las acciones heroicas de mis personajes terminan frustradas. Entiendo que sus miserias son los reflejos de un miserable”, le dijo a Eufemia aquella noche, mientras caminaban bordeando el Observatorio Nacional por la calle Laprida, en dirección al hotel. No siga, lo interrumpió la Virgen, sellando sus labios con el índice. Si le contara mi vida, terminaría confesando que a veces, como anoche, yo he conocido la felicidad. Borges aprobó en silencio, con la rúbrica vital de una sonrisa.

## **Cuatro**

Una mujer les ayudó a encontrar, con su sola presencia ante el monolito de piedra talamina, la tumba que buscaban. Delgada, pequeña, mostraba en el rostro, en los

dientes, en el cuerpo y en la ropa, el estrago impiadoso de muchísimas décadas andando por la vida. En el enorme silencio de Plain Palais los fue guiando entre las moradas notables el llanto de la anciana. Su aspecto fantasmal negaba la iracundia de sus gestos, la blasfemia desgranada contra la otra, la ninfa, la mujer ausente. Junto al escudo Vikingo tallado en relieve estaba el nombre del maestro (incompleto, sin su nombre tercero, Isidoro) y las fechas: 1899-1986. Del otro lado, al pie de una cita de la Volsunga Saga, la dedicatoria: *De Ulrica a Javier Otárola*. Tuvieron la certeza de que Georgie no había cumplido su deseo original: curiosamente, había muerto el mismo día que su admirado Chesterton, 50 años después y enamorado, pero no en su tierra. No se dejó llevar, como alguien dijo, eligió con plena conciencia del dolor de su otro yo para quitárselo de encima, incapaz de asumirlo ni siquiera en el último minuto de su vida. Así lo dijo en un reportaje, el único, el auténtico adiós a la barbarie: “Ginebra es una de mis patrias”.

El anónimo quedó redactado en los términos sugeridos por el Lisiado, actualizado con datos que veinte años después enriquecían su texto con prolijidad:

*“A partir del 14 de junio, aniversario de su muerte, el cuerpo de Jorge Luis Borges ha vuelto a ser patrimonio de los argentinos. Queda usted advertido de que, a los fines de permitir su traslado, deberá abonar, en el momento y lugar que le será indicado, la suma única e indivisible de cien mil dólares, en concepto de impuesto al valor agregado que su obra le debe al talento del maestro. Dicha contribución voluntaria será reemplazada, en caso de incumplimiento, por la pena capital”.*

Una lista piloto incluía los nombres de Umberto Eco, gestor del bibliotecario ciego de *El nombre de la rosa*; Jean Jacques Annaud, autor de la película del mismo nombre; el polaco Stanislaw Lem y el checo Milan Kundera. Una más amplia incluía a Bioy Casares, mencionado como mediador, los editores Gallimard y Ricci, Marguerite Yourcenar y la familia de Vicente Aleixandre, reemplazante de Georgie en la galería de los Nobel. Más adelante, ya con el cuerpo a resguardo, pensaban encarar a todas las Universidades del mundo, al gobierno argentino, al de España -que lo tenía entre los grandes de la lengua-, a la Unesco, al municipio de Ginebra. Allí pensaban detenerse. La Virgen conservaba una lista interminable de nombres en cuyas obras podían detectarse vestigios borgeanos, acaso el único tesoro que guardaba de sus tiempos de estudiante, pero desistieron de incluirla ante la certeza de lo difícil que iba a resultar, una vez más, la recaudación del dinero. Pensaron que el más indicado para iniciar la operación era Umberto Eco. El más distinguido, el más mimado. El que podría facilitar o complicar hasta lo indecible la operación rescate, solo con decir que cumpliría o resistiría la exigencia del anónimo. Un correo de la mafia de Pesaro le entregaría el sobre en Monte Cerignone y en caso de que estuviera ausente, lo enviaría a cualquier lugar del mundo, con la certeza de que el 15 de junio lo tendría en sus manos. Compraron también una bolsa con cierre, por las dudas tuvieran que deshacerse del féretro y llevarse el cadáver embolsado. Después alquilaron una furgoneta y buscaron el perfil de una iglesia bonita, donde pensaban depositar a Irineo, previendo una fuga complicada.

El 14 de junio, a las seis de la tarde, se desató la tormenta. Fría, morosa, ajena a los cálculos y al deseo de los tres integrantes de la banda. Apareció para instalarse en el camino, primero como obstáculo y después, por la esperanza de ocultarse en ella, como una aliada imprevista y exuberante. Quizá los perjudicó la espera, la quietud de las horas frente a los platos sabrosos que eligieron degustar en la puja con los nervios, la rémora del vino repetido con la soberbia de los catadores. Irineo los miraba, si puede llamarse mirada a la dirección de sus ojos velados por la fuga de todo lo palpable. A medida que avanzaba la noche la tormenta se tornó aguacero,

luego ciclón, luego hecatombe, con el diseño de las lluvias memorables de raigambre ficticia. Más allá del ventanal vieron volar unas sombrillas, árboles jóvenes, diarios, sombreros, vieron castigar la superficie transparente de los ventanales con la reciedumbre de una catarata. Vieron apagarse las luces y volver a encenderse, faros austeros en la frontera de la sombra. A las dos de la mañana, por suerte, cuando los mozos del restaurante lo levantaron del piso, borracho y alucinado, el Enano tomó conciencia de que no todo estaba perdido si actuaban sin esperar el amaine de la tempestad. Eso sí, debían llevar con ellos a Irineo. Lo cubrieron con una manta gruesa y echaron a caminar hacia Plain Palais, con una pala y un pico en cada pierna de su pantalón.

En la noche veraniega y lluviosa de Ginebra, ni un alma, si un solo taxi cruzó su camino. Los cuidadores del parque tampoco aparecieron: una luz lejana les indujo a pensar que se mantendrían al reparo mientras durara la tormenta. La tumba de Juan Calvino fue referente inequívoco para ubicar su meta. Comenzaron a cavar. Eufemia enterró la pala con intervalos en los que daba la impresión de que perdería la vida ahogada en suspiros, se decía valiente para animarse a seguir al Enano, se decía joven, repetía la promesa de jugarse entera por devolver la razón a Irineo, por volver a estudiar, por escribir una historia triunfal en la que ya no sonaría el clarín de la vergüenza. Empuñaba la pala, sacudía la tierra, removía el agua que comenzaba a acumularse dentro del perímetro de la tumba y nuevamente caía de nalgas, maldiciendo las normas de profundidad que regían en los cementerios modernos. En una de esas caídas tuvo un brote de flatulencia y simultáneamente comenzó a reírse. Era una risa controlable, pequeña, podría decirse que sumisa, pero el Enano comenzó a temblar. Siguió cavando con el ritmo de la urgencia. La Virgen enterraba la pala y se le escapaba un pedo, levantaba una palada de barro y se le escapaba otro. Lo peor fue, sin embargo, cuando el féretro estuvo a la vista para sacarlo del foso. En el marasmo de la borrachera habían abandonado la furgoneta estacionada en el restaurante. Ya no había tiempo para ir a buscarla, para sacar el cuerpo había que forzar el cerramiento del ataúd, levantarlo del agua hasta la superficie, guardarlo en la bolsa de nylon. Les pareció lo más adecuado sentar el cadáver en la silla, en la falda de Irineo. El pobre permanecía incommovible bajo la manta empapada, apuntando su mirada perdida en dirección a ellos. Indicio de la fiebre, que después lo atacaría, fue el estornudo que lo sacudió hasta las ruedas, preludio de este final con un solo personaje.

Pero lo peor fue que al esforzarse para levantar el féretro la Virgen explotó como una ametralladora y no pudo más controlar sus carcajadas, hundida en el agua hasta la mitad del cuerpo o emergiendo del agua, si se quiere, como una boya, como un témpano de carne que lanzaba burbujas a la superficie. No dejó de reír a pesar del llanto, de la impotencia definitiva, de la locura que llevó al Enano a correr en dirección al hotel empujando la silla de ruedas, perseguido por ella, que no dejó de reír hasta caerse rendida en la cama, sucia de barro, jaquecosa, protestando por el peso infinito de Borges bajo el asalto de un sueño imposible. Una conexión helvética de la mafia les ayudó a escapar a través de los Alpes. Llegaron a Ezeiza con doscientos dólares, muertos de miedo por la salud de Irineo, y ya no se vieron más. El 20 de junio el Enano entró a la pensión a las cuatro de la mañana. En el zaguán oscuro tropezó con algo, algo que produjo un ruido metálico al estrellarse contra la puerta de chapa. Era un hacha. Un hacha ensangrentada, dijo y se durmió otra vez, acurrucado como un feto, sobre el piso de la celda.